

Carlos Huneeus prepara un libro donde analiza el liderazgo del ex presidente durante la transición

El autor del "Régimen de Pinochet" disecta ahora la era Aylwin

Tres años después de publicar su extenso análisis del régimen militar, el cientista político doctorado en Heidelberg acaba de obtener la prestigiosa beca Guggenheim para develar las claves del primer gobierno de la transición. En esta entrevista adelanta algunas de ellas, pero también compara al ex presidente con sus sucesores: Eduardo Frei y Ricardo Lagos.

Rodrigo Frey

El cientista político Carlos Huneeus publicó, hace ya tres años, un extenso análisis sobre el gobierno autoritario llamado El Régimen de Pinochet. El libro se convirtió pronto en una suerte de clásico. No sólo por su descripción de las estructuras de poder o la disección del estilo del general (R) para tomar decisiones, sino también porque explicaba por qué el régimen logró sobrevivir 17 años y proyectar intensamente su influencia en la transición.

Huneeus, doctorado en la Universidad de Heidelberg y director del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, acaba de recibir la beca Guggenheim, una de las más prestigiosas del mundo, para emprender una nueva obra. Esta vez, analizar el liderazgo del Presidente Patricio Aylwin durante la transición. Escribirla le tomará todo el próximo año.

En esta entrevista Huneeus, que fue embajador de Chile en Alemania entre 1990 y 1994, describe el estilo de Aylwin, argumenta por qué su figura fue funcional a la época que le tocó enfrentar y compara su liderazgo con el de Eduardo Frei y Ricardo Lagos.

Una de las claves del autor es la capacidad del ex presidente de relacionarse con los partidos de la Concertación. Según Huneeus, muchas de las cosas que definen al primer gobernante tras el retorno a la democracia tienen que ver con sus reiterados fracasos en política y especialmente dentro de la propia DC. De ellos sacó lecciones decisivas, que marcarían su administración.

La figura de Aylwin es interesante por su pasado. En 1973, como presidente de la DC, justifica el Golpe de Estado. Pero en 1989, 17 años después, se convierte en el primer presidente de la democracia.

Aylwin fue, el '73, el presidente de la DC, en esa época el principal partido de Chile. El hizo todo lo posible para que el colapso de la democracia no se produjera. Pero cuando se produce, en vez de guardar silencio como se acostumbraba en Chile ante situaciones difíciles, Aylwin explica que la democracia ha colapsado y que como consecuencia los militares han tomado el poder. Creo que fue una decisión valiente, y significativa. El hecho de que haya sido él quien asumiera la Presidencia en 1990 fue un hecho que ayudó mucho a la recuperación de la democracia. No sólo por ese hecho simbólico, sino también porque él, y quienes lo acompañaron en el gabinete, tenía un conocimiento y una experiencia de las debilidades de la política chilena antes del Golpe.

¿Influyó esa suerte de sentimiento de culpa en su estilo de gobierno?

Aylwin se sentía solidario de una clase política que no había logrado mantener la democracia. Se sentía responsable. El ex presidente es una figura que, además, no tuvo por largos años ningún éxito. El éxito le llega muy tardíamente, al punto que él decía sentirse parte de una generación fracasada. Por eso tuvo una enorme capacidad de tolerancia y resistencia ante provocaciones, impertinencias y gustitos que se dieron muchos en su contra. Por ejemplo el llamado "boinazo", emprendido por Pinochet cobardemente mientras el Presidente se encontraba en el extranjero. Pero no hay que ser, tampoco, unilateral en el juicio. Pinochet mantuvo la disciplina dentro del Ejército, e impidió que ocurrieran desbordes como sucedió en Argentina. Pinochet es una figura política muy excepcional. Sólo una figura como Aylwin podría haber tenido la autoridad para imponerse sobre él. Pinochet hizo un trabajo importante de reorientar al ejército hacia una posición de subordinación al poder civil, con sombras importantes como el ejercicio de enlace y otros episodios que probablemente fueron inevitables para él, como una forma de combatir el descontento interno.

Usted se propone ahora trazar el estilo de liderazgo de Aylwin. ¿Qué es lo que usted considera más característico?

A mi me parece una personalidad muy atractiva por su experiencia como dirigente de partido en un país donde las colectividades han sido muy combatidas desde sectores importantes de la izquierda y de la derecha, y esa

tradicción de desprecio ha hecho mucho daño al sistema político. Una democracia no es posible sin partidos fuertes, y por eso hay que conocerlos, vivíroslos y quererlos desde dentro. Pero también es interesante su capacidad para armar buenos equipos, su habilidad para encarar decisiones difíciles, su pragmatismo y su legitimidad histórica que le dio haber armado la Concertación con la izquierda pese a haber sido el líder de la oposición a la Unidad Popular.

Esa capacidad de Aylwin para entenderse con los partidos es la que muchos creen le falta al Presidente Lagos, quien siempre ha guardado distancia de ellos.

Claro. Esa distancia se ha notado en esta administración, aunque también pasó lo mismo en la anterior. A los partidos hay que apreciarlos en lo que son. No son entidades perfectas, pero sin ellas no hay democracia. No se puede endilgar toda la responsabilidad del Presidente al estado de las colectividades, porque estos tienen que colaborar. Pero sin duda, con el peso que tiene la figura del Primer Mandatario en Chile, sin duda puede influir en que permanezcan sanos y disciplinados. Lagos tiene una carrera básicamente académica, distinta a la de Aylwin. Lagos nunca tuvo trabajo partidario: armar listas de parlamentarios, formar consensos, aplacar a grupos discrepantes. Eso no se aprende sino con el tiempo. Frei Montalva, por ejemplo, pese a haber fundado la Falange y haber hecho crecer a la DC, cuando llegó al Gobierno se centró demasiado en él y desatendió este aspecto, al punto que sobrevino la ruptura.

Aylwin tiene que haber aprendido de esa experiencia.

A Aylwin le tocó ser el presidente de la DC en la época del quiebre. El mismo fue desbordado por la corriente de izquierda interna que terminó con la formación del Mapu, en 1967. De hecho, decidió no presentarse a la reelección en el partido ese mismo año, porque sin duda la habría perdido.

Usted destaca el realismo y la frialdad de Aylwin como virtudes. Pero otros lo critican justamente por haber sido demasiado prudente.

Muchas veces hay una notable convergencia de las capacidades del dirigente y las exigencias del momento. Los ingleses, en 1940, necesitaban una figura fuerte y carismática, que hablara golpeado y los emocionara, como fue Churchill. Los alemanes, saliendo recién de la Guerra en 1949, requerían una persona con experiencia, un hombre mayor como Adenauer. La larga experiencia de Aylwin, un abogado acostumbrado al principio de que es mejor un mal arreglo que un largo pleito, le permitió asumir esa etapa difícil de forma realista.

Pero uno podría hacerse la pregunta inversa. Que las cosas sucedieron así precisamente porque Aylwin fue el Presidente. Y que si hubiese sido el turno de un duro, las cosas habrían sido diferentes.

Es cierto que esa es una crítica frecuente a Aylwin. Pero hablemos en términos de plata. Si hubiéramos tenido un presidente como el argentino Raúl Alfonsín, en vez de ejercicios de enlace o boinazos habríamos sufrido incidentes mucho peores. El general Pinochet tenía, a 1990, toda la legitimidad. Un 40% de la opinión pública lo respaldaba. La derecha y los empresarios estaban detrás de él. En ese momento, ser más duro habría sido una falta de responsabilidad tremenda, que podría haber llevado al país a una situación similar a la Argentina, con asonadas militares recurrentes. Como la transición terminó bien, pueden hacerse críticas a Aylwin después de la batalla. Decir, por ejemplo, que la justicia en la medida de lo posible fue un chiste. Pero otra cosa es con guitarra.

¿El caso de Alfonsín fue una lección concreta para él?

Sí. En el discurso ante la Junta de la DC, cuando fue nominado como candidato, Aylwin dijo que no quería terminar como el presidente Alfonsín, convertido únicamente en un gran demócrata. La experiencia argentina estaba absolutamente encima.

Otra crítica desde la izquierda a Aylwin es que aceptó a pie juntillas el modelo económico neoliberal, la herencia de los Chicago.

Aylwin, como Presidente, fue ante todo jefe de Estado y ministro de Defensa. Lo del modelo económico fue responsabilidad de Alejandro Foxley, el ministro de Hacienda. Es cierto que el sistema fue apenas corregido, y que faltaron gestos simbólicos de que con la Concertación comenzaban cambios relevantes. Hay muchos que critican a Foxley por haber sido demasiado cauto, y yo coincido con eso.

Aylwin, que tenía el Congreso en contra, fue quien instauró la llamada política de los consensos.

Y decidió no hacer la del pillo de enviar proyectos de Ley sabiendo que no se podían aprobar para enrostrarle a la oposición, porque eso iba a crear más divisiones. Su tarea principal era consolidar la democracia, y eso pasaba por entenderse con la derecha. Digo esto a propósito de lo que está pasando hoy, en el Gobierno de Lagos: usted no puede decirle a los miembros de la oposición que son unos bandidos por tal y cual cosa, y un día después llamarlos por teléfono para pedirle sus votos. Ese doble accionar Aylwin no lo hizo, porque sabía que a los partidos, en el oficialismo o la oposición, hay que tratarlos con cuidado.

Usted dice que la figura de Aylwin se está revalorizando. ¿Por qué?

Por muchas cosas. Por ejemplo, por su capacidad de crear equipos sólidos. Los buenos políticos saben elegir a sus colaboradores, para no tener que cambiarlos a cada rato. Esa fue una característica de Felipe González, en España;

de Helmut Kohl, en Alemania; y de la señora Thatcher en Inglaterra. En el equipo político de Aylwin se reunieron tres pesos pesados de la época, como Enrique Correa, Edgardo Boeninger y Enrique Krauss. La clave del ex presidente fue haber nombrado hombres inteligentes e independientes en su juicio, que a la vez nunca trataron de opacarlo. En ese sentido, fue un buen jefe de Estado. Tenía un control estricto de sus ministros, pero a la vez delegaba.

Eso se puede explicar por una suerte de obsesión de Aylwin por la estabilidad.

El es una persona que tiene la misma empleada hace 30 años. Lo molestan porque no cambia el auto, vive en la misma casa hace décadas, veranea siempre donde mismo, y seguramente tiene el mismo sastre. El tiene una tendencia natural por la estabilidad.